

so de sombra», «Poemas del pueblo de San Bernardo», «Holo-causto», «Poemas inéditos», y los labios entonan despavoridos en un tiempo azul y angustioso.

He aquí el amor. Apasionado enigma que abre en horas imprevistas su cielo nocturno y el relámpago lo acompaña mientras una pluma de cisne le brota de los dedos. Y escribe sus mejores poemas como «Las columnas», «Profunda», «Intensamente», «Tu presencia». Van ellos quemando en «La selva prometida», junto a infinitos cantos de una hermosura completa, en viva poesía de lentas llamas. El ramo místico enmarca sus contornos y cubre muchas veces el pálido esplendor elegíaco del canto de pasión, por eso su impulso de certeros dardos amortigua en la herida su fuerza mortal. Vamos heridos entonces, pero de una dulce muerte.

Unas palabras de Neruda, escritas hace muchos años, impulsan con su mágico viento el navío y su esplendor con sus celestes aguas de adormiladas olas. Con el timón al cinto, bandolero de nieblas, el poeta dirige su curso iluminado, y son suyos los tesoros del mundo.—CHELA REYES.



SOBRE LA BIBLIA UN PAN DURO, por *Andrés Sabella*. Edic. La Honda. Santiago 1946

Se escriben libros en los cuales el artista trata de expresar su angustia y su anhelo. Y a veces el libro se queda como un gran silencio que nadie quiere tomarse el trabajo de romper, o como un anhelo ruboroso, perdido en la lontananza del amor y del sueño. Pienso en esto al leer este bello cuento de Andrés Sabella, el primero de su libro último, intitulado «El cielo Colorado». Quien escribió ese cuento con tanta sencillez, con una emoción tan pura, con unas palabras tan noblemente enaltecidas por una sensibilidad que no busca efectos, sino que quiere

descubrir como un prodigioso cirujano del espíritu, las capas superpuestas de los matices sentimentales, hasta mostrar la raíz misma de donde nació la flor. De donde surgió el grito, de donde manó la vertiente que se esponjó de luces, y en los graves y dulces latidos de la pasión humana, bellamente contenida, se dosificó la alegría y el dolor en una suma de belleza estremecida.

«El cielo colorado», es un cuento que hará época en la creación de este género, aquí en Chile. El prologuista del libro que en otras ocasiones se extiende largamente para explicar con afán casi esotérico las virtudes de los títulos de «La Honda», nada dice de este breve y maravilloso relato en el cual Andrés Sabella aprieta su emoción como un puño que se cierra sobre la última lucha y nos entrega con lealtad suprema el esfuerzo máximo.

La Virgen baja a la tierra y se encuentra con Micaela, la vieja sirvienta del señor Obispo que es millonario y usa camisas y paramentos de una finura y de una riqueza tan grande como son grandes los medios de que dispone. Andrés Sabella, cuenta el motivo con una simplicidad tan admirable, con una pureza tan nítida, con una intención tan pura que nos deja asombrados. Es un relato que se puede poner sin mengua al lado de los mejores, que en el género se han escrito en cualquiera literatura.

Y de este libro de Andrés Sabella, «Sobre la Biblia un pan duro», que contiene otros cuentos tan hermosos como «El otro Caín» y «La niña errante de la bicicleta» no se ha dicho nada o casi nada. El autor tiene que estar presente, ya sea en la calle, o en los corrillos para que la gente recuerde que existe y que sus palabras están palpitando en las páginas de un volumen. Esta es una triste verdad, tan dolorosa como la que comprueba la Virgen, cuando se da cuenta de que Micaela, la buena mujer que la acoge en su regazo de fraternidad, le cuenta que el señor Obispo no habla con las mujeres pobres, sino con las ricas, que se visten elegantes y llevan perfumes que realzan su belleza. La Virgen está enferma de tristeza y de frío, y recordando muchas de las cosas que le ocurrieron a su divino hijo en su peregrinaje,

se vuelve hacia el cielo, pensando en que la vida no es lo que soñamos, sino lo que apenas deja respirar el egoísmo del hombre que bien quisiera estrangular toda manifestación vital que no sea la expresión de su egoísmo absurdo y empecinado.

Andrés Sabella nuestro buen compañero de letras ha estado en estos días últimos del año, muy delicado de salud. Pero los males del cuerpo no han doblegado su voluntad. Generoso y pleno de simpatía y de fervor por todo cuanto le rodea, escribe y se manifiesta como siempre, sin reparar en los defectos, sino en las virtudes de los demás. Es un hombre que no tiene un gallo de pelea debajo del poncho, sino unos ojos grandes y transparentes para mirar la vida y el esfuerzo de sus compañeros.

A su libro de la colección «La Honda», no se le ha ubicado aún en el sitio que merece. Pero poco a poco su calidad se lo irá conquistando. El espíritu siempre tiene, como los pájaros, el privilegio de rozar el cielo. Y el espíritu que anima a Andrés Sabella es de una gran altura.—LUIS DURAND.



ANTOLOGÍA POÉTICA, de *Luis Merino Reyes*. (Ediciones «Gibrán» 1946)

Hemos recibido una pequeña «Antología Poética», de que es autor Luis Merino Reyes. Resume ésta la labor de más de un decenio, a partir de la publicación de «Islas de Música», libro primogénito del poeta. La antología tiene como prólogo un prólogo de Víctor Castro, sobrio y ajeno a todo elogio gratuito, y la selección fué ejecutada por Antonio de Undurraga, con un criterio ajustado a una extrema exigencia. De esta manera, encontramos al poeta de «Coloquio de los goces» y «Romance a Balmaceda», en sus momentos culminantes, es decir, en la quintesencia de su expresión creadora.